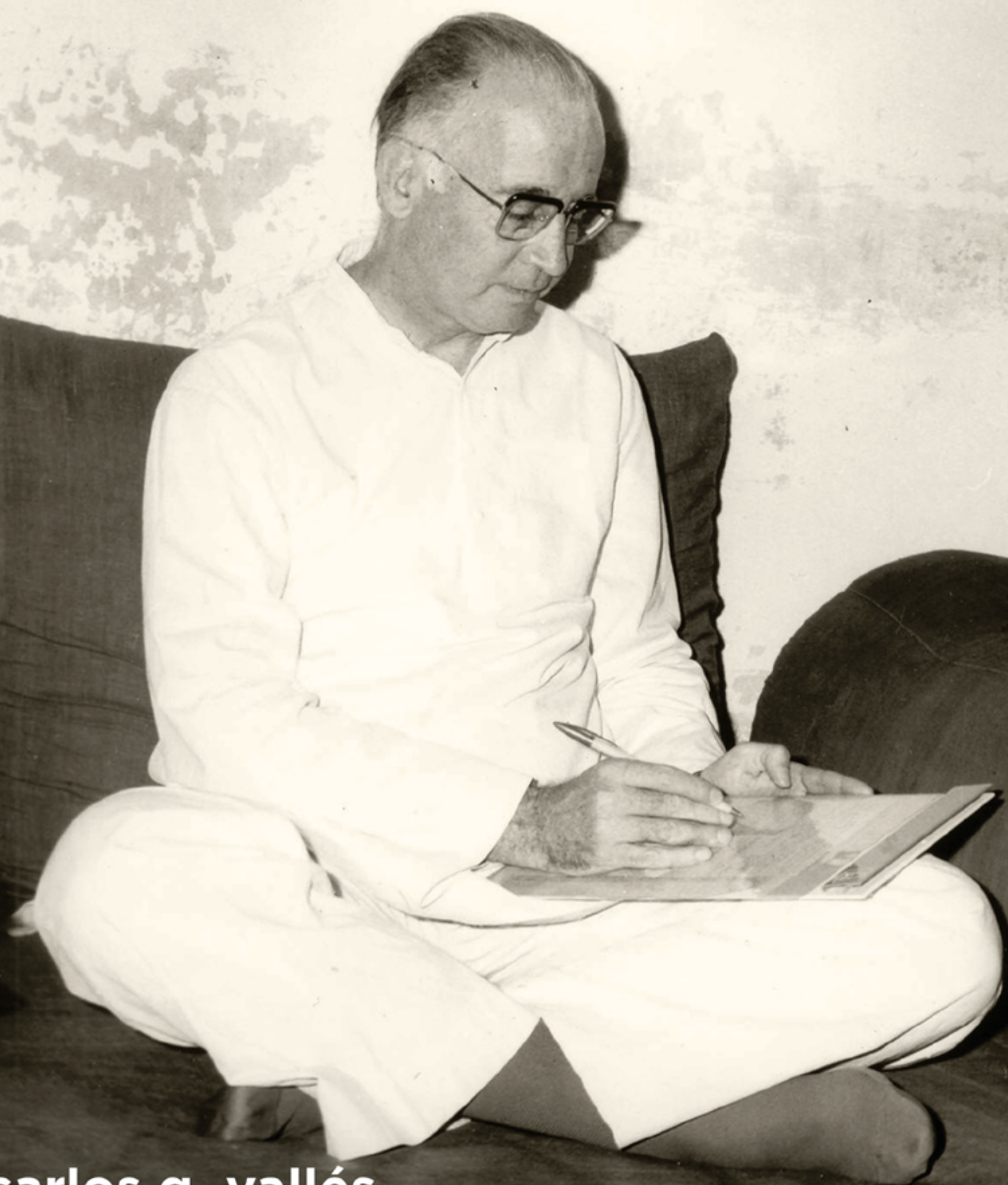


**cada copo de nieve cae en
su sitio: una autobiografía.**



carlos g. vallés

edicionescarena

ediciones**carena**

CARLOS G. VALLÉS

CADA COPO DE NIEVE
CAE EN SU SITIO

Primera edición: noviembre de 2022

© Carlos G. Vallés, 2022
© Fundación González Vallés, 2022
© Ediciones Carena, 2022

Ediciones Carena
c/Alpens, 31-33
08014 Barcelona
T. 934 310 283
info@edicionscarena.com
WWW.EDICIONESCARENA.COM

Diseño de la cubierta: Sandra Jiménez
Coordinación y maquetación: Adrián Vico

Depósito legal B 20847-2022
ISBN 978-84-19136-61-9

Impreso en España - Printed in Spain

Reservados todos los derechos. No se puede reproducir ninguna parte de este libro, ni almacenar en cualquier sistema de reproducción, ni transmitir de ninguna forma ni bajo ningún concepto, mecánicamente, en fotocopias, en grabación o de ninguna otra manera, sin el permiso del propietario o propietaria de los derechos de autor. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

PRÓLOGO

Carlos González Vallés nació en Logroño, el 4.11.25, de padres aragoneses, que al muy poco tiempo fueron a vivir a Zaragoza. Su padre, José González Lacasa, era ingeniero de caminos al servicio de la Confederación Hidrográfica del Ebro, y su última obra fue el Pantano de Ortigosa de Camerós que hoy lleva su nombre. Murió en 1935, cuando Carlos G.V. tenía 10 años. Poco después estalló la Guerra Civil que, cuenta Carlos G.V. *“...nos dejó a nosotros en un lado y a nuestra casa en el otro. Perdimos todo lo que teníamos. Mi madre, mi hermano José María y yo quedamos sólo con la ropa puesta. Fuimos a alojarnos con una hermana de mi madre, casada en Tudela de Navarra”*.

Carlos y José María fueron en aquellos años alumnos del colegio de San Francisco Javier de jesuitas en Tudela, donde cursaron el bachillerato. Con 15 años, en 1940, Carlos G.V. ingresó en el Noviciado de la Compañía de Jesús en Loyola, estudiando después filosofía y teología, por un lado, y latín, griego y música, por otro, en la Universidad Pontificia de Salamanca.

En 1949, Carlos G.V., sirviendo a su vocación religiosa, fue enviado a la India con el propósito de que se incorporase a la

universidad que los jesuitas planeaban fundar en la ciudad de Ahmedabad. Aprendió inglés y gujaratí –la lengua de Mahatma Gandhi– durante el llamado ‘año de lenguas’, estudiando matemáticas en la prestigiosa Universidad de Madrás, graduándose con máximos honores en 1953.

Entre 1954 y 1958 Carlos G.V. residió en Puna, completando sus estudios teológicos y siempre prestando especial atención a la lengua. Entendiendo que “*dominar la lengua es asimilar la cultura*”, Carlos G.V. escribe “... *cada día de esos cuatro años en Puna lo comenzaba con dos horas de escribir en gujaratí por pura práctica... para ejercitar la pluma a diario*”. Tras estos cuatro años de estudio Carlos G.V. fue ordenado sacerdote el 24.4.58, en presencia de su madre.

En 1960 Carlos G.V. comenzó a enseñar matemáticas en la Universidad de Ahmedabad. La matemática moderna –conjuntos, grupos, anillos, cuerpos, espacios vectoriales, álgebra matricial– estaba entonces siendo introducida en la India y Carlos G.V. contribuyó a establecer la terminología a la que daba lugar la nueva matemática en gujaratí, colaborando a fundar la primera revista matemática en una lengua india y a editar el volumen sobre matemáticas en la enciclopedia oficial Gnananganga (el Ganges de la ciencia), representando también a la India en los congresos mundiales de matemáticas de Moscú, Exeter y Niza.

Aquel mismo año, Carlos G.V. publicó un pequeño libro con la intención de establecer el diálogo con sus alumnos más allá de las clases y los exámenes. El libro fue bien acogido y Carlos G.V. comenzó a escribir regularmente en la revista mensual *Kumar*, alternando así las matemáticas con la literatura. El punto de inflexión llegó cuando el editor del diario de mayor circulación del país en lengua gujaratí *Gujarat Samachar* le propuso escribir un artículo semanal en él, algo que dio lugar

a la columna que Carlos G.V. tituló “A la nueva generación” y que mantuvo a través de los años. Estos artículos quedaron recogidos en más de 70 libros sobre matemáticas, religión, sociedad, familia, psicología y moral.

“...Todo este reconocimiento me acercaba a mis lectores, pero aun así yo sentía la distancia entre mi residencia aislada en la prestigiosa universidad y mis lectores en sus barrios humildes de la ciudad antigua. Entonces concebí la idea de ir a vivir con ellos. Tomé un hatillo indispensable, monté en mi bicicleta, y fui a pedir limosna de hospitalidad de casa en casa en los barrios pobres de Ahmedabad... Esa peregrinación doméstica me llevó durante diez años a hogares hindúes, jainistas, parsis, musulmanes, cristianos, lo que me hizo conocer bien de cerca y desde dentro diferentes mentalidades, conductas, creencias, tradiciones”.

En 1990 Carlos G.V. se trasladó a Madrid para cuidar de su madre de 90 años, a la que acompañó hasta su fallecimiento a los 101 años. Esta etapa coincidió con su jubilación oficial de la cátedra de matemáticas de la universidad, y así se vio libre para viajar primero a las comunidades guyaratís en países del África oriental. Luego viaja por Europa, Estados Unidos y Canadá. Finalmente, por toda Latinoamérica, de México a Chile.

Entre los premios que recibió se cuenta el premio literario del gobierno del Guyarat que ganó en cinco ocasiones consecutivas. Ganó también el *Ranjitram Survana Chandrak*, el reconocimiento más importante lengua guyaratí en 1978. Ha sido el primer y único extranjero en recibir este premio. Por su empeño constante en entender a la cultura y a la gente de la India ganó el premio de *Armonía Universal Acharya Kakasaheb Kalelkar* en 1995, y el premio *Ramakrishna Jaidalal Harmony Award* en 1997. También

fue nombrado jainista honorario por la comunidad Jainista de Mumbai. Ganó el premio *Santokbaa* junto con el Dalai Lama en 2015. Carlos González Vallés falleció el 8 de noviembre del año 2020. Al año siguiente recibió a título póstumo el Padma Shri Award, una de las condecoraciones civiles más importantes de la India.

RAFAEL MONEO VALLÉS

Copos de nieve

Deseaba comenzar a escribir este libro. Va a ser un repasar mi vida, ganar perspectiva, ajustar proporciones, encontrar unidad y descubrir dirección y sentido (en cuanto lo hay) en todo lo que ha sido mi variada existencia. Y, sobre todo, va a ser un describir toda una época de pensamiento y de historia que va, en mi experiencia, desde la uniformidad regimentada del ambiente en que nací en el primer cuarto del siglo veinte hasta el pluralismo vertiginoso en el que ahora navego con asombro y con gozo en el veintiuno. Con todos vosotros.

Por suerte han sido muchas y muy distintas las experiencias que me ha tocado vivir, las tierras que me ha tocado visitar, y las culturas que me ha tocado disfrutar. Aquí saldrán la música y las matemáticas, India y Latinoamérica, la ecología y la filosofía, las religiones del mundo y lo que yo luego llamaré “el cinturón aborigen” que ciñe a nuestro planeta y nos puede ayudar a recobrar el equilibrio que casi hemos perdido ante el empujón de la cultura cibernética —que también ha de formar parte de este libro. Va a ser una agenda universal. Esos son los “copos de nieve” a que alude el título, que irán “cayendo en su sitio” con la naturalidad con que fueron cayendo en mi vida, hasta formar

el paisaje que es tan esencial al cuadro como el perfil de la vida que van dibujando.

Un pensamiento me inquieta ligeramente en este momento. Yo nunca he llevado diario. Envidio súbitamente a esos biógrafos de sí mismos que han documentado su vida día tras día a través de los años, y en el momento de ponerla por escrito tienen memoria y evidencia detallada de como vivieron cada día, donde estuvieron y qué hicieron, con quién hablaron y lo que dijeron. Yo no puedo contar con esa ayuda, y de ahí la envidia. Pero la envidia es solo momentánea. Quizá, hasta sea mejor no haber llevado diario. No quito nada en absoluto a las autobiografías documentadas día a día, pero pienso que la exactitud cronológica puede restarle valor al recuerdo espontáneo, que lo olvidado, bien olvidado está, y que lo recordado es lo que está pidiendo a gritos que se cuente, porque por algo se recuerda. La doctora Rita Levi Montalcini, premio Nobel de medicina en 1986, parece sentir lo mismo en su autobiografía que lleva el deleitoso título (y ese sí que lo envidio) “Elogio de la imperfección”:

“Confío en mi memoria, y nunca he tenido la costumbre de guardar ninguna clase de recuerdos, ni mucho menos de llevar un diario; no me arrepiento de ello, pues creo que si la memoria no ha recibido la impronta indeleble de un acontecimiento dado, tampoco podemos –ni debemos– resucitarlo mediante el mero testimonio escrito.”
(p.274)

Hay otro elemento importante que quiero tener en cuenta al comenzar. Un escritor indio, Dom Moraes, que a los 19 años ganó en Inglaterra el prestigioso premio Hawthornden de poesía inglesa, escribió también su autobiografía, que por cierto también lleva un título original, “El padre de mi hijo”, y en ella dice:

“Mi padre [que era el director del periódico más importante de Bombay, *The Times of India*] escribió su autobiografía, pero me decepcionó. Describía los eventos que le habían sucedido en la vida, pero no revelaba en manera alguna quién era él cuando esos eventos sucedían.” (p. 2)

Los hechos no bastan. Lo que cuenta en una historia personal es, desde luego, la crónica de los hechos, pero también la reacción de la persona. El sentimiento debe acompañar a los hechos, y la emoción al dato. De eso, creo, se trata; de describir los acontecimientos que forman la trama, y entretejer delicadamente en el dibujo abstracto del relato los colores de los sentimientos que los acompañaron, porque ellos son los que les dieron vida a los acontecimientos cuando se vivieron, y han de dársela ahora al relatarlos.

He leído con gusto autobiografías en las que actores del cine cuentan sus películas, músicos cuentan sus conciertos, futbolistas cuentan sus partidos de fútbol, o ajedrecistas sus campeonatos de ajedrez, y sus descripciones del deporte o la música o el cine o el ajedrez entretienen e instruyen al aficionado deportivo, músico, cinéfilo, o ajedrecista; pero aún divierte y enseña más la revelación de la persona que practica el deporte y sus reacciones ante las victorias y derrotas del juego y de la vida. Al lector del libro le interesa más el futbolista que juega el partido, que el partido que juega el futbolista. Yo me propongo jugar mi juego, el juego “arriesgado y hermoso de la vida” (Borges), y contar al mismo tiempo cómo me siento al contarlo y cómo me sentí al vivirlo. He dicho que he vivido múltiples experiencias de intensa riqueza, y ahora digo que quiero contarlas con el realismo de sus lecciones y con el sentir de mis emociones. Contar una época y dar vida a una vida. Toda una aventura.

Mi primer taxi

Tengo cuatro años. Estoy jugando con mi hermano José María, que tiene dos años más que yo, y con otros chicos y chicas en el Paseo de Sagasta en Zaragoza, con su amplio bulevar central, delicia de niños y niñeras para los juegos de unos y los cotilleos de otras. En esto mi hermano y yo salimos corriendo hacia la calle del borde, cruzando para ello el trozo de calzada desde el centro, persiguiéndonos el uno al otro en juego permanentemente y gozosamente infantil. Había pocos coches entonces, y no se conocían —¡oh paraíso!— los semáforos ni los pasos de cebra, lo que da idea de lo felices que éramos y lo bien que lo pasábamos como dueños y señores de todos los terrenos. La ciudad era nuestra. Sólo se nos decía repetidamente, “Mirad antes de cruzar”, por si venía algún coche solitario. Nosotros aquel día no miramos. Nos lanzamos a la carrera dando saltos sobre los adoquines de la calle como siempre habíamos hecho. Era nuestro juego.

No vimos a unos taxis que, según nos dijeron más tarde, volvían nada menos que de un entierro en el cementerio de Torrero. Y por poco tienen que volver para otro. El primero de ellos se nos echaba ya encima sin remedio. El taxista nos vio y, como él mismo explicaría luego, lo único que podía hacer era

variar ligeramente la velocidad pues los frenos de entonces no eran tan rápidos como los de ahora y la calle era cuesta abajo. Si seguía como estaba, atropellaba a mi hermano que iba delante, y si frenaba lo que podía, me atropellaba a mí que iba detrás. El dilema era atropellar a mi hermano a mayor velocidad o a mí con menos, y como siempre era mejor atropellar a menor velocidad, me eligió a mí. Así lo explicó inocentemente el taxista cuando se calmaron los ánimos, y así se me quedó a mí su explicación como uno de los primeros recuerdos de mi vida. Yo fui el elegido para el encontronazo. Al fin y al cabo, tuvo lógica la elección, aunque a punto estuvo de acabar con mi vida cuando apenas había comenzado.

Me impresiona pensar en ello y siento un escalofrío que me recorre la espalda a pesar mío. Mi vida habría acabado tempranamente bajo las ruedas de un coche. Sencillamente, yo apenas habría vivido. ¿Y no les pasa eso a los miles y millones de niños y niñas que mueren a los cuatro años —o a los cuatro meses? Primer toque del misterio que es la vida. Habrá que hablar con respeto de ella. Y noto que ya comienzo a emocionarme con el recuerdo. No es para menos.

El parachoques de delante del taxi me dio un topetazo y me lanzó al suelo. Yo quedé tumbado, e instintivamente me agaché y me aplasté contra los adoquines de la calzada lo más que pude. El coche me pasó totalmente por encima, dos ruedas a un lado y dos a otro, conmigo en medio bien pegadito contra el suelo. Eso fue posible porque los coches de entonces eran más altos que los de ahora, y entre el chasis y el suelo quedaba bastante espacio en el que cabía perfectamente un niño pequeño acurrucado. Pasó el coche, y yo me quedé tumbadito en el suelo por si venía otro. Mientras tanto los otros taxis del cortejo habían conseguido parar a la expectativa. Yo levanté la cabeza y vi que la calle estaba despejada. Los paseantes, y ante todo mi hermano y mi niñera

que me vieron tumbado en medio de la calle entre dos coches, gritaron de horror y se abalanzaron hasta donde yo yacía todavía un poco aturdido. Yo me enderecé, me levanté, vi que no tenía ni un rasguño, me sacudí el polvo, y sonreí al público.

Para entonces la niñera, inolvidable y querida Orosia, me tenía en sus brazos, me palpaba, me abrazaba, me besaba, me apretaba y reía y lloraba y casi me rompe un brazo o una pierna con sus abrazos, cosa que el taxi no había logrado hacer. Todo el vecindario se había congregado mientras tanto, y me llevaron en procesión hasta mi casa. De allí salía corriendo mi madre y las vecinas, pues la noticia había llegado antes que yo, y mucho más trágica que la realidad. Veo en mi imaginación correr a mi madre hacia mí con los brazos levantados. Y allí acaba mi memoria entre abrazos y besos. Escribir a los ochenta y cuatro años lo que me pasó a los cuatro años tiene su emoción. Aún me quedaban muchos años de vida.

La llama azul

Otro susto. La pulmonía era entonces una de las causas generales de mortalidad infantil. Y yo la agarré cuando tenía ocho años. Antes de las sulfamidas y los antibióticos no había tratamiento eficaz contra ella, la enfermedad se alargaba y alternaba entre la esperanza y la ansiedad, llevaba con frecuencia al último desenlace de la muerte, y en el mejor caso dejaba al paciente con una larga debilidad y convalecencia que lo desconectaban de la vida ordinaria, y cuando al fin remitía y se curaba el enfermo, le parecía volver de otro mundo a una normalidad con la que había perdido todo contacto.

A mí la pulmonía me duró tres meses. Tres meses enteros en cama, en la habitación que siempre compartí con mi hermano, con sus dos camas iguales, de cabecera y pies dorados, paralelas, idénticas, entre las que yo distinguía secretamente la mía —y así la reconocí cuando por primera vez volví a España después de muchos años en la India con asombro de mi madre y mi hermano que no conocían mi secreto— por una pequeña abolladura que tenía por dentro en la curva de la parte superior derecha de la barra a los pies. Todavía la tiene.

La habitación había de conservarse caliente, y no había estufas eléctricas entonces. El remedio casero era quemar alcohol puro

en platos soperos en medio de la habitación. Ardía con una llama azul que yo miraba sin parar desde la cama, fascinado por la danza transparente del calor azulado en las largas horas de penosa inacción. Era algo así como la llama permanente ante el monumento del soldado desconocido en cualquier nación. Y mi madre cambiaba un plato por otro cuando se acababa. En mi memoria quedó como el símbolo personal en mi vida del cariño materno que cuidaba de mí por todos los medios, incluso aquél que de alguna manera yo intuía era caro y peligroso. Ahora me enternece su recuerdo. Gracias, mamá.

Para entonces yo ya iba al colegio, el Colegio Alemán de la Calle Cervantes, y en el colegio había exámenes, y los exámenes había que pasarlos para avanzar al curso superior. Yo había perdido tres meses de colegio cuando volví a las clases, pálido, delgado, y desconectado de todo, y ya se avecinaban los exámenes. Y aquí viene otro recuerdo que marcó mi vida. Estaba yo uno de esos días sentado en el suelo en un rincón del cuarto de estar de la familia, jugando con algún juguete o leyendo algún libro, y mi padre y mi madre estaban conversando en el otro rincón. Hablaban entre ellos, sin fijarse en mí, y yo los oía, pero tampoco me fijaba en lo que decían. De pronto oí mi nombre, y presté atención. Mi madre le preguntaba a mi padre: “¿Qué vamos a hacer con Carlos? Se acercan los exámenes del colegio, él ha perdido tres meses de curso y en el Colegio Alemán se toman los exámenes en serio. No está preparado.” Mi padre le contestó sin más: “No te preocupes. A Carlos lo preparo yo en quince días para cualquier examen. Es muy listo.” Y siguieron hablando de otras cosas.

Hay momentos que hacen futuro. Mi padre era la persona más importante en mi vida, su juicio era definitivo, y su aprobación era lo que yo, aun sin entonces saberlo explícitamente, más deseaba en mi vida. Y aquí veía yo a mi padre ponerse de mi parte

con la mayor naturalidad del mundo, defendiéndome ante las dudas de mi madre, fiándose de mí, diciendo que yo era listo. Esa era la mejor noticia del mundo para mí. Mi padre se fía de mí. No había que preocuparse por mí, yo valía, yo era aplicado, yo era listo, yo podía prepararme para cualquier examen en quince días. Lo había dicho mi padre. Y no me lo había dicho a mí, como para animarme exagerando mis cualidades, sino a mi madre en conversación imparcial como si yo no estuviera presente. Pero yo lo había oído, y así aún valía más el testimonio. Entonces no existía la palabra “autoestima”, pero yo la alcancé en aquel instante. Su recuerdo en aquel momento de pedagogía instintiva y cariño práctico me ha acompañado toda la vida, y me ha dado confianza y energía en momentos difíciles y en crisis dolorosas. Puedo estar listo en quince días. Pase lo que pase. Me lo dijo mi padre. Gracias, papá.

Cuántas veces un padre ha hecho daño a un hijo, sin quererlo, gritándole en un momento de enfado, “¡Tú eres tonto! ¡No vales para nada!” Y el hijo se acuerda para siempre que su padre le ha dicho que es un inútil. Y cuánto había sufrido aquella muchacha, que muchos años después me confió el trauma de su vida: su madre le había dicho un día enojada por cualquier tontería del momento: “Eres tonta. Y además eres fea. ¡Nadie se casará contigo!” Y se quedó con la angustia de que aquella profecía se cumpliera. El lenguaje de los padres forma a los hijos para bien o para mal. En eso tuve suerte.

Junto con esa primera conciencia de que yo era alguien, me vino también el impulso interior de responder a esa confianza que mi padre había puesto en mí. Mi padre se fía de mí; no le fallaré. Haré todo lo que haga falta, estudiaré, trabajaré, me esforzaré, pero yo no le he de fallar. Saldré bien de estos exámenes y de todo lo que se presente, seré digno hijo de mi padre, lo haré bien en la vida. Esa entrega al esfuerzo, ese levantar el listón, ese

aspirar a lo mejor, esa dedicación a la excelencia me nacieron también aquel día y me han acompañado toda la vida como estímulo, reto, e ilusión. Un día mucho más tarde en la vida habría yo de leer en no sé qué libro de no sé qué autor esta frase: “La pasión por la excelencia sin la cual no podemos sobrevivir como personas.” Pasión por la excelencia. Yo la heredé de mi padre. Lo cuento ahora.

La regla de cálculo

Mi padre era ingeniero de caminos en la Confederación Hidrográfica del Ebro. Ejerció por un breve tiempo en Logroño, donde nació yo el 4.11.1925, y luego en Zaragoza donde yo viví los primeros diez años de mi vida. Su última obra fue el pantano de Ortigosa de Cameros, en la Rioja, que hoy lleva su nombre: “Embalse de González Lacasa”. Era mi padre. Él diseñó la obra y dirigió sus comienzos que quedaron interrumpidos por su muerte y por la guerra civil, y que sólo se reanudaron muchos años más tarde cuando la acabaron como trabajadores los presos de la dictadura. Eso le habría dolido a mi padre, que era políticamente de izquierdas.

Para mí el pantano tiene recuerdos de las mejores vacaciones de mi vida, disfrutadas en plena inocencia infantil y plena alegría compartida, con toda la familia y en medio de la naturaleza. Las vacaciones del colegio eran tres meses enteros, y como el pantano estaba en obras y mi padre quería mantenerlo bajo su inspección permanente, ideó que todos pasásemos las vacaciones en la casa del ingeniero al lado de las obras, junto con la familia del ingeniero ayudante, y así él podría estar con nosotros mientras dirigía de cerca el pantano. Esas eran sus vacaciones, es decir, trabajo para él y juego para nosotros. Pero toda la familia junta. El viaje

en sí ya fue típico. Él iba en su coche oficial con su material de campo para el pantano, pero a la familia nos mandó por tren. El coche de la oficina no podía usarse para la familia aunque todos habríamos cabido en él. Moral profesional. En el pantano (o “el pántano” como pronunciaban los lugareños) todos nos conocían y respetaban como a “los hijos del ingeniero”, y así podíamos jugar y disfrutar y recorrer todos aquellos caminos silvestres en pleno campo en nuestros juegos y travesuras infantiles.

De las obras recuerdo a los obreros trabajando a pico en las laderas que iban a abrazar a la futura presa, y las vagonetas que llevaban las piedras sueltas al barranco que se llenaba y se levantaba poco a poco. A veces nos dejaban montar en las vagonetas, pero solo un trecho corto y con mucho cuidado. También nos avisaban de los barrenos que ponían para romper las rocas, oíamos el toque de trompeta que anunciaba el peligro por todo el valle, y enseguida las explosiones que retumbaban por todo el paisaje. El capataz a nuestro lado contaba las explosiones, una, dos, tres, cuatro. Si habían de ser cinco y faltaba una, eso quería decir que uno de los barrenos no había explotado, y había que esperar para ver si lo hacía, averiguar cuál era, y en último caso explorar con todas las precauciones para ver qué había fallado, rescatar el cartucho sin explotar y poner otro en su lugar. Año tras año veíamos tomar forma al pantano, y a mí se me iba grabando en el alma la importancia y la grandeza de la ingeniería, la ciencia, el cálculo sobre el papel de lo que iba a ser realidad en el terreno, las ecuaciones y los dibujos, la investigación y el estudio. Y el trabajo de los obreros en sudor, monotonía, picos alzados y piedras partidas. Era trabajo duro.

Del bolsillo de pecho de la chaqueta de mi padre sobresalía siempre algo que hoy ya no se ve: una regla de cálculo. Era el instrumento del ingeniero antes de la electrónica, y él la manejaba constantemente. Pronto me enseñó a mí a multiplicar en

la regla de cálculo, a sacar raíces cuadradas, y a calcular el tanto por ciento con sólo un deslizar de la tablilla central entre sus dos bordes graduados con rayitas milimétricas. Cuando él murió, heredé yo esa pequeña regla, que luego perdí en las vicisitudes de la vida, pero que me ha quedado prendida de la memoria como símbolo del espíritu científico, del trabajo matemático, de la exactitud y la excelencia en el pensar y en el hacer. Quizá ella se perdió por su cuenta, y se ha reencarnado ahora en el ordenador que agradecidamente manejo. Por eso será que le tengo tanto cariño. ¿Quién sabe? Más tarde tendré que hablar de él.

Fue muchos años después (ya he dicho que no respondo de fechas exactas al no tener diario que las avale) cuando de la India volví a España y tuve ocasión de visitar el pantano ya terminado. Me llenó la mirada la superficie de agua nueva donde yo sólo había conocido valle y bosque y los caminos y sendas mil veces recorridos. Me acompañaba el encargado del mantenimiento, y con él avancé por el camino sobre la larga presa. Nos paramos en el medio a contemplar la curva vertiente del ancho delantal de la presa de cemento. El encargado me dijo: “Fíjese usted bien. En toda esa extensión de cemento con toda la presión del agua y el paso de los años, no verá usted ni una sola filtración ni una rendija ni una humedad. Si ve usted otros pantanos de hace años, verá que todos tienen algún defecto, y en muchos ha habido que hacer reparaciones. En cambio éste está intacto. Su padre llevaba fama entre nosotros de hacer las cosas bien hechas. Puede usted estar orgulloso de su memoria.”

Diez por uno

Si mi padre no hubiese fallecido tan pronto en mi vida, yo habría sido ingeniero como él. Era la carrera favorita entonces en España, difícil de ingreso, segura de empleo, y la más alta en el prestigio social. Un día tuvo lugar este diálogo memorable entre mi padre y yo:

—¿Qué vas a ser cuando seas mayor?

—Ingeniero.

—¿Y sabes cómo se hace uno ingeniero?

—En la Escuela de Ingenieros de Caminos de Madrid.

—¿Y cómo se llega allí?

—Con un examen de ingreso.

—¿Sabes que es muy difícil?

—Sí.

—Puede costar dos o tres años pasar ese examen. Y ¿sabes qué es lo más importante para él?

—Las matemáticas.

—Pues ya lo sabes. Si quieres pasar ese examen tienes que estudiar bien las matemáticas. Y te voy a decir cómo. Fíjate bien y no lo olvides. Te voy a decir dos cosas, y si las haces te irá bien en todo lo que estudies. Acuérdate siempre. Ya sabes que en las matemáticas hay teoremas y hay problemas. Los teoremas te

los explicarán bien en clase, y tú los entenderás enseguida, pero no basta con entenderlos. Es decir, que tú te creerás que has entendido el teorema, pero te pones a escribirlo y no te saldrá. Las matemáticas necesitan dos cosas: inteligencia y memoria. Por eso, cuando hayas entendido un teorema, escríbelo tú por tu cuenta, y no lo dejes hasta que te salga limpio y completo sin mirar al libro. Eso es lo primero. Escribir.

—¿Y lo segundo?

—Los problemas. Los problemas son el alma de las matemáticas. En clase el profesor te enseñará algunos, pero eso tampoco basta. Acuérdate. Por cada problema que el profesor resuelva en clase, tú en casa has de resolver otros diez por tu cuenta. Diez por uno. Sácalos del libro de texto o de libros de problemas, pero no lo dejes. Esa es la manera.

Se me grabó el consejo. Diez por uno. Y lo hice desde pequeño. Y no sólo en matemáticas sino en otras asignaturas. Cuando más adelante estudié griego, dábamos en clase una sola de las siete tragedias de Sófocles, la que se supone la mejor de todas, que es “Edipo Rey”, con toda la riqueza de su lenguaje, su trama, sus diálogos, sus coros, y su espeluznante final. Era la única que se llevaba al examen. Pero yo me leí además, primero “Antígona” y luego, como me gustó, todas las demás por mi cuenta, también en su original griego. Y me pasó una cosa curiosa. Aunque “Edipo Rey” era sin duda la más perfecta, a mí me gustaron más “Antígona” y “Electra” y todas las otras. Y la razón es bien sencilla. “Edipo” iba para el examen, y un examen contamina todo lo que toca, aunque sea una obra maestra. En cambio “Antígona” y “Electra” y “Ayante” y “Filoctetes” las leí y estudié yo por mi cuenta y disfruté inmensamente más con ellas. El método infalible de que un estudiante odie una obra maestra es obligarle a que la prepare para un examen. Ni “El Quijote” se libra.

El otro consejo también se me grabó. Escribir. Es fácil entender. Pero es difícil reproducir lo entendido. Y ése es el gran ejercicio. No fui ingeniero, pero sí llegué a profesor de matemáticas en la universidad, y siempre practiqué y recomendé el método. Escribir. Nunca me he presentado yo en una clase, por más que repitiera una lección sabida de hace años, sin escribir de antemano sobre el papel en mi cuarto todo lo que iba a escribir luego en la pizarra en clase. Y con frecuencia me he cazado a tiempo en algún gazapo. Y las lenguas que aprendí en mi vida, también las aprendí escribiendo. Leer y escuchar la lengua nueva es necesario, pero no es suficiente. Hablarla, y más aún escribirla, es la clave para el dominio. Casetes y vídeos son valiosos, pero el papel y lápiz, o ahora el teclado y la pantalla, lo son mucho más. Si no dominamos lenguas es porque no las escribimos. Yo me acostumbré a escribir desde pequeño. Bendita herencia.

El vuelo del moscardón

El día de regalos en nuestra familia era el Día de Reyes. Desde el principio se nos dijo que los Reyes Magos eran papá y mamá. La mañana del 6 de enero los esperábamos con ilusión mi hermano y yo en nuestro dormitorio de camas doradas. Y estoy viviendo la escena tal como la viví año tras año en la expectativa alegre de la primera infancia. Se abrió la puerta de nuestro dormitorio que hacía chafflán en la esquina de las cabeceras de nuestras camas. Se hacía la luz en la habitación a oscuras. Aparecían las figuras de mi madre primero y mi padre detrás. Y ambos venían en la misma actitud. Los brazos bajos por delante del cuerpo, las dos manos entrelazadas lo más bajo posible, y sobre ellas y hasta la barbilla de cada uno una pila de libros enorme. Nosotros saltábamos en la cama de alegría y aplaudíamos. Luego venía el abrir las ventanas, darnos besos, mirar los libros, dar gritos de gozo y saltar en la cama y dejarla toda cubierta con los nuevos libros. Toda una gran fiesta.

Ese era el regalo de Reyes. Libros. Es verdad que también había luego el último mecano y una tienda de campaña y una escopeta de corcho para diversificar y amenizar la infancia, pero el principal regalo eran libros. Libros sencillos para niños, pero libros, y libros abundantes y variados. Los primeros fueron la “Colección

Marujita” de cuentos de hadas. Cuentos que divierten al niño, llenan de optimismo su incipiente visión de la vida y desarrollan su imaginación, algo así como los “Tolkien” o los “Harry Potter” de ahora. Y, sobre todo, cuentos que inician y fomentan el amor a la lectura para toda la vida. Me encendieron pronto la pasión por la lectura, y constituyeron pronto mi más preciada posesión en mi habitación de “el cuarto de los niños”: una estantería con mi primera biblioteca. Creo que los regalos de Reyes han cambiado un poco desde entonces.

En la esquina de nuestra calle, la “Calle del Arte” (que ahora se llama “Calle de Bolonia”) con el “Paseo Sagasta” había una librería, y el librero cuando me veía pasar me llamaba a veces y me decía: “Toma, me ha llegado un libro que sé que te gustará. Llévatelo. Ya me lo pagará después tu papá.” Y aumentaba mi biblioteca.

Tanto me gustaba ya el leer, que mi madre me llamaba “león” por lo mucho que leía. Y he sido fiel al apodo toda mi vida. Ahora, al tener acceso por Internet a librerías cibernéticas y tener que dar mi contraseña para el acceso, doy la palabra “león” para identificarme. Y me siguen llegando libros.

Después de la lectura, llegó la música. Mi padre no tenía formación musical, pero sí tenía gusto. Compró una gramola, que era el reproductor de discos del tiempo, un mueble dinosaurio del suelo a la altura de una mesa, con patas torneadas y puertas para el sonido, hecho para discos grandes que sin embargo duraban menos de cinco minutos cada uno, pues aún no habían llegado los LPs de vinilo, había que poner una aguja en el brazo alargado, pues tampoco había rayos láser, y la aguja había que cambiarla en cada disco pues se gastaba enseguida, y luego se le daba cuerda al muelle para que funcionara el mecanismo. Una sinfonía, con ese sistema, ocupaba diez o doce discos, y había que levantarse y dar la vuelta al disco y cambiar la aguja y darle

cuerda cada vez en un proceso que interrumpía la pieza pero no disminuía el placer. La colección de mi padre era limitada pero casi totalmente clásica con cierta variedad oriental. Las sinfonías de Beethoven, los conciertos de Brandenburgo de Bach, curiosamente nada de Mozart, Schubert o Brahms, pero sí el “Cascanueces” de Tchaikovsky, “Scheherazade”, “El Capricho Español” y “El Lamento Indio” de Rimsky-Korsakov, el “Vals Triste” de Sibelius, las “Danzas del Príncipe Igor” de Borodín. Todas esas melodías suenan hoy en mi memoria.

Algo divertido me pasó con “El Vuelo del Moscardón” de Rimsky. La carátula del disco lo anunciaba, como en realidad es, como El Scherzo del “*Tsar Saltan*”, y describe musicalmente el vuelo continuo, insistente, impertinente de un moscardón que se acerca, se da vueltas alrededor nuestro, se aleja y desaparece, con tal realismo que se cuenta de gente que al oír la música saca los pañuelos y se los sacude ante el rostro para espantar al moscón que cree les anda rondando de hecho. Pero yo lo vi de otra manera. Leí lo del “*Tsar Saltan*”, y en mi inocencia lingüística lo traduje para mis adentros “El Tigre Saltando” que me sonaba más parecido; me puse el disco, y me imaginé a un tigre saltando con todo el realismo posible. Encajaba perfectamente en la música. Primero el murmullo lejano de las hojas que el tigre va pisando suavemente en la selva; luego el paso que se acerca y se apresura sigiloso hasta ver la presa; el salto poderoso coincidiendo con el crescendo central de la pieza; el sonido que ahora se aleja en vez de acercarse; al fin la retirada cada vez más apagada del felino hasta desaparecer sin rastro en la selva. Era una descripción perfecta. Tardé muchos años en enterarme que mi “tigre saltando” era más bien un “moscardón volando” y me callé mi vergüenza. Desde entonces desconfío de la llamada música programática o descriptiva.

“Otra vez Heidi”

He mencionado que nuestro primer colegio fue el Colegio Alemán de Zaragoza en la Calle Cervantes. Mandar a los hijos a estudiar en un colegio extranjero era algo inusual en aquel tiempo cuando a las lenguas no se les daba mucha importancia, y el viajar más allá de Francia era una aventura. Sin embargo mi padre quiso que aprendiésemos el alemán desde pequeños, y al poco tiempo contrató a una *mademoiselle* para que nos diera clase de francés en casa. Se adelantó a su tiempo, y nos hizo otro gran favor con su visión abierta. Junto con los libros y la música, las lenguas. Toda una lección de cultura que iba a formar mi vida. Curiosamente nos dijo que el aprendizaje del inglés lo dejaríamos para más tarde pues no tenía tanta importancia. En eso no sospeché lo que se nos echaba encima. Siempre es bueno recordar que en un tiempo no tan remoto como el comienzo del siglo pasado, los Estados Unidos no eran el centro del mundo. Habrá que esperar ahora un poquito a que dejen de serlo.

Del Colegio Alemán recuerdo y sigo llevando en mis huesos la puntualidad, exactitud, disciplina, seriedad, y esfuerzo que instintivamente asociamos con la mentalidad teutónica. Un día dejé una página en blanco en un cuaderno, sencillamente sin usar entre otros ejercicios, y Herr Klein la descubrió y me llamó

la atención y me riñó y me explicó que era un dispendio inútil y que había que aprovecharlo todo si quería hacer algo en la vida. Aún veo ante mí la delatora página en blanco, la sombra del profesor a mi derecha, su dedo implacable señalando mi cuaderno, y siento el calor en mis orejas rojas de vergüenza. No lo volveré a hacer jamás. Esté seguro, Herr Klein.

Lo interesante de ese breve recuerdo es que es prácticamente el único rasgo desagradable que recuerdo de mi vida en el colegio. Por lo demás la memoria de aquellos primeros años escolares surge en mí como algo agradable, deleitoso, feliz. Y eso no parece ser lo ordinario, por lo que veo y oigo. He leído bastantes autobiografías, porque me gusta mucho el género y porque aprendo al escuchar a la gente hablar de sí misma, y en la mayoría de ellas aparece el rasgo revelador de unos primeros años penosos en su contacto con la escuela o el colegio.

Mi admirado autor C. S. Lewis escribe “En el colegio la mayor parte de los chicos no aprendía nada, y nadie aprendió mucho. El único estímulo en la enseñanza consistía en varias cañas bien usadas que colgaban del cerco de hierro de la chimenea de la clase. El maestro no enseñaba nada. Entraba en clase y se ponía a hacer preguntas. Cuando no le satisfacían las respuestas, decía en voz baja y lenta: ‘Tráeme la caña. Veo que voy a necesitarla.’” Triste experiencia inglesa. Bernard Shaw se refiere al colegio de su infancia como a “mi cárcel escolar”. Y Charles Chaplin, que a tantos haría reír en su vida, cuenta de sus días de escuela en la niñez: “Me sentía completamente deprimido. Aquella era una existencia desgraciada. La tristeza flotaba en el aire.” Mi vida de colegio, afortunadamente, no fue así.

Un día me quedó grabado en la memoria. Fue el día de mi primera nevada. Estábamos en el patio del colegio durante un recreo y comenzó a nevar con fuerza. Por primera vez nos nevaba encima, al aire libre, en torno nuestro desde el cielo mismo.

Hacíamos bolas de nieve, nos las tirábamos, reíamos, nos frotábamos el frío de las manos, y luego nos quedábamos mirando a los copos de nieve que caían lentamente, sosegadamente, deliberadamente sobre nosotros mismos y alrededor nuestro con la sorpresa inesperada del regalo blanco. No me imaginaba yo entonces que esa nieve y esos copos me iban a servir un día de título para mi propia historia en este libro. El descenso alegre y despreocupado de los copos blancos y su aterrizaje perfecto hacen ya adivinar su significado futuro. Todo encuentra su sitio en la vida. Y a mí me alegra recordar aquella pequeña alegría inocente de mi primera nieve.

Un último recuerdo alemán. Yo descubrí *Heidi*. Antes de que dibujantes japoneses la hicieran estrella de la televisión, antes de que su silueta de ojos grandes y brazos abiertos se hiciera pegatina y colgante y muñeca, antes de que casi nadie supiera su nombre ni menos leyera el enternecedor libro de la autora suiza Johanna Spyri, a mí me tocó como premio en el colegio, lo devoré, lo disfruté, lo guardé, y un día vine del colegio a casa gritando, “¡Papá! ¡He visto la segunda parte de *Heidi*, que se llama *Nochmal Heidi* (Otra vez Heidi) y la venden en el colegio! ¡Cómpramela por favor!” Y me la compró. Cuando muchos años más tarde vino la televisión y el color y los dibujos animados y los japoneses, y vi a mi pequeña estrella moverse y hablar y correr en la pantalla por prados verdes con cabras blancas, me alegró encontrarme con mi antigua compañera de imaginación. Ya nos conocemos, ¿verdad? Fue como encontrar un bello valor cultural de mi pasado puesto al día, como la integración de memorias antiguas en adelantos modernos, como unir el pasado con el presente en mi vida. La vida tiene su continuidad, y los momentos que nos la descubren nos ayudan a ver en perspectiva la trayectoria, irregular pero firme, de nuestra existencia. Y ese libro, que representaba, quizá por primera vez en la literatura,

el mundo desde el punto de vista de una niña, me hizo a mí ver también el mundo con ojos de niño que ya tenía sin saberlo, y me afirmó sin decírmelo en mi propia postura infantil ante la vida que sólo más tarde descubrí era la mejor postura de todas. Hasta la señorita Rottenmeier puede ayudar.

En el cielo

Un verano en las obras del pantano mi padre enfermó. Lo atribuimos al exceso de trabajo que entonces llevaba. Junto con el Pantano de Ortigosa, dirigía también simultáneamente y con el mismo cuidado el Acueducto de Tardienta (que siempre recuerdo cuando paso por debajo de él en el tren de Zaragoza a Huesca), y viajaba constantemente de una obra a otra consciente de su responsabilidad. Tanto viaje lo debilitó. Se le declaró una infección en la garganta que resistía a tratamientos ordinarios. Guardó cama en Ortigosa. De allí a Zaragoza. De Zaragoza a Madrid. La clínica del doctor Tapia. La enfermedad se diagnosticó al fin como la Angina de Vicent que ahora cede a unos simples antibióticos, pero que entonces podía ser incurable. Nos trasladamos toda la familia a Madrid, a casa de mi abuelo materno, José Vallés, de quien algo diré enseguida. Era el mes de diciembre de 1935, cerca ya de las Navidades. Yo acababa de cumplir diez años.

Diez años entonces era todavía plena inconsciencia. Para mí la ida a Madrid fueron sólo unas vacaciones anticipadas, ya que todos los años íbamos todos los primos y tíos a pasar las Navidades a casa del abuelo y a disfrutar en ella con paseos por la Gran Vía, juegos y carreras en El Retiro, chotis y pasodobles de moda

que aprendíamos a cantar dando saltos por la Calle de Alcalá, y los buenos platos de Antonia, la cocinera de mi abuelo, que hacía unos patés espléndidos prensados bajo el peso del busto de bronce que un conocido escultor había hecho de mi abuelo y que, según ella decía, era lo único útil para que servía. No había sombras en aquel paraíso infantil.

Nunca sospeché la gravedad de la enfermedad de mi padre. Ni tampoco sabía qué era la muerte ni había visto morir a nadie. Ni siquiera adiviné el final en la última visita que hice a mi padre en la clínica. Nos llevaron a mi hermano y a mí, y entramos sigilosos. Mi padre estaba en la cama, demacrado y apenas sin habla por su garganta agotada. Me incliné sobre él y le besé. Él me besó y a duras penas pronunció mi nombre. No el nombre Carlos, sino el nombre cariñoso por el que me llamaban en casa en momentos de ternura. Mi madre había visto que en lo alto de La Puerta de Alcalá estaba esculpido el nombre de Carlos III como "*Carolo III*", que es el dativo de mi nombre en su forma latina, *Carolus*. Y desde entonces me llamaba Carolo. Mi padre besó a mi hermano, después me besó a mí y pronunció en un suspiro mi nombre: "Carolo." Salimos y volvimos a casa del abuelo. Hoy ese rostro y esa palabra son el recuerdo más desgarrador de mi vida. Apenas puedo escribir esto.

Ya en casa, mi hermano, mis primos Manolito y Mari Tere y yo nos pusimos a jugar a la ruleta. Una ruleta de juguete en la que apostábamos también dinero de juguete. Otra vez el contraste de la inocencia infantil frente a la dura realidad de la vida. Al cabo de un rato mi tía Elisa, la madre de mis primos con quienes yo estaba jugando, vino y nos llamó a todos. Yo me levanté enseguida y pregunté inconsciente, "¿Dónde está papá?" La pregunta no tenía mucho sentido, ya que yo sabía que estaba en la clínica y no podía haberse movido de ahí. Era sólo una manera de preguntar qué tal estaba y lo hice con toda la naturalidad

del mundo. Mi tía aprovechó la pregunta y me contestó con la misma naturalidad, “En el cielo.”

En aquel momento lo supe todo. Se me derrumbó el mundo entero. Me eché a llorar inconsolablemente. Supe que a mi padre ya no lo vería más, que mi vida había cambiado radicalmente y para siempre, que allí había un vacío que ya no se llenaría nunca, que yo era ya distinto que antes, que yo estaba solo. Todo eso lo supe en aquel momento, como si la avalancha de conceptos y sentimientos que se habían ido acumulando dentro de mí sin yo saberlo durante los últimos meses irrumpiera de repente sobre mí y arrasara en su caída todo lo que yo había sido.

Fue el 19 de diciembre de 1935. Hasta aquel momento yo había sido un niño inocente, alegre, juguetón, sin preocupaciones y sin complejos, con toda la vida por delante y toda la ilusión del mundo en el corazón. En aquel momento dejé de ser niño. Me hice hombre, serio, responsable, pensativo. Me hice persona seria de la noche a la mañana.

Había perdido de un golpe mi niñez, mi adolescencia, mi juventud. Ahora tenía que hacerme yo mi propia vida y abrirme camino a mí mismo. Mi madre seguía allí, y mi abuelo nos dijo a mi hermano y a mí, “Desde ahora me llamaréis a mí ‘papá’,” pero no resultó. El resto de mi vida consistiría ya en volver a descubrir y encontrar el niño que perdí. Y esto no es una frase bonita para acabar un capítulo doloroso. Es el resumen auténtico de mi vida. Acompáñame y lo verás.